

El juego de las pistas

Cuando empezó la primavera, en la escuela del barrio decidieron hacer una feria pequeña en el patio. No una feria de comprar cosas, sino una feria de juegos inventados por los niños y niñas de cada clase.

En la clase de Nora, todo el mundo hablaba a la vez.

—¡Podemos realizar una carrera! —dijo Jan.

—¡Un laberinto! —dijo Mai.

—¡Un concurso de saltos! —gritó Biel, que ya estaba saltando antes de que nadie dijera que sí.

Amina, que siempre observaba antes de hablar, levantó la mano.

—Si hacemos una carrera o un concurso de saltos, no podremos jugar todos igual.

Todo el mundo se quedó un momento en silencio.

Entonces Nora miró a su amiga Lia, que iba en silla de ruedas y estaba haciendo girar un lápiz entre los dedos como si fuera un pequeño molinillo.

—Es verdad —dijo Nora—. Y nosotros queremos un juego en el que pueda participar todo el mundo.

Lia sonrió.

—A mí me encantan los juegos de pistas.

Los ojos de la clase se encendieron de repente.

—¡Un juego de pistas! —repitieron varios.

Pau, que llevaba dos audífonos de color azul y era buenísimo encontrando detalles que a los demás se les escapaban, añadió:

—Podemos hacer pistas de distintos tipos. Algunas para leer, algunas para escuchar, algunas para mirar bien…

—¡Y algunas por tocar! —dijo Mai, emocionada—. ¡Cómo texturas!

La maestra, que escuchaba desde la pizarra con una sonrisa de aquellos que quieren decir «eso promete», dijo:

—Eso sí suena como una idea de clase. Si queréis, os ayudo a organizarla.

Durante toda la semana, trabajaron como un pequeño grupo de inventores. Decidieron que el juego se llamaría La caja de las pistas de colores, porque cada pista estaría marcada con un color diferente y se podría resolver de forma diferente.

La pista verde sería una imagen con detalles escondidos.

La azul sería un audio corto grabado con una tableta.

La amarilla sería una adivinanza escrita con letra grande y también con pictogramas.

La roja tendría formas para tocar dentro de una bolsa de tela.

La lila llevaría algunas palabras en lengua de signos dibujadas, porque en clase llevaban meses aprendiendo unas cuantas y a Sara le encantaba practicarlas.

—Eso es muy bonito —dijo Jan, pegando una flecha en el cartón—. Pero… ¿y si la gente no sabe cómo empezar?

—Podemos poner un cartel con instrucciones claras —dijo Amina—. Cortas y con dibujos.

—Y con una persona al principio para contarlo —dijo Nora.

—Yo puedo estar un rato —dijo Lia—. Y si el recorrido del patio pasa por la rampa, mejor.

—No “si pasa” —dijo Pau—. Tiene que pasar. Si no, lo cambiamos.

Lia lo miró e hizo un pequeño golpe con la mano en el reposabrazos, como cuando alguien dice exactamente lo que tocaba.

El día de la feria llegó con un sol brillante y algo de viento que hacía volar las cintas de colores. En el patio había puestos con juegos de puntería, cuentos, dibujo y construcciones. La clase de Nora había decorado su mesa con círculos de papel y una caja grande pintada como un arco iris.

En el cartel decía, con letras bien grandes y dibujos al lado: Elige una pista. Resuélvela en equipo. Busca la siguiente.

La primera en probar el juego fue la clase de los pequeños. Un niño cogió la pista azul, la acercó demasiado a la oreja y no se oía nada.

—¡No va! —dijo.

Pau se acercó.

—Espera, tienes que darle aquí —dijo, señalando el botón—. Y si quieres, también tienes esa hoja con lo que dice el audio.

—¡Ah! —dijo el niño—. ¿Puedo hacer ambas cosas?

—Sí, claro —dijo Pau—. El juego va de eso.

Una niña eligió la pista roja y metió la mano en la bolsa de tela.

—Noto algo puntiagudo… no, espera… ¡es una estrella! —dijo contenta.

Lia, desde el lado, le preguntó:

—¿Cuántas puntas tiene?

La niña volvió a tocarla, concentrada.

—¡Cinco!

—Pues mira bajo el banco con cinco listones —dijo Lia, guiñando un ojo.

Corrieron hacia allí riendo.

Al cabo de un rato, se formó una cola. Algunos equipos resolvían las pistas muy rápido; otros tardaban más. Había quien prefería leer, quien prefería escuchar, quien lo pasaba mejor tocando las formas o buscando dibujos. Y todos, de una u otra manera, encontraban su

momento para decir:

—¡Ya lo tengo!

Cuando llegó el turno de un grupo de niños mayores, uno de ellos miró la pista con lengua de signos y frunció la nariz.

—Eso es difícil.

Sara, que estaba junto a la mesa, sonrió.

—Te enseño una pista. Mira, este signo es “árbol” –dijo haciendo el gesto poco a poco.

El chico la imitó, primero algo torcido, después mejor.

—Árbol…! ¿O sea que debemos buscar el árbol del patio?

—Quizá sí… o tal vez no —dijo Sara, divertida—. Mira también el dibujo.

Se marcharon pensando y riendo, repitiendo el signo de “árbol” entre ellos.

A media mañana, una racha de fuerte viento hizo volar dos tarjetas amarillas y las dejó bajo la fuente. Biel salió corriendo detrás de ellas.

—¡Las cojo! Las cojo!

Pero una se le escapó y quedó enganchada en un pequeño charco. Antes de que se pusiera a gruñir, Amina ya había sacado una pinza de la caja de materiales.

—Con esto —dijo como quien tiene una solución preparada desde hacía siglos.

—¿Por qué llevas una pinza en el bolsillo? —preguntó Jan.

—Porque nunca se sabe —respondió ella, y todos se rieron.

Secaron la tarjeta, la volvieron a enganchar y el juego continuó.

Cuando la feria terminó, la clase estaba cansada pero contenta. Tenían las manos llenas de pegamento seco, purpurina en las mangas y las mejillas calientes de haber corrido y hablado tanto. Se sentaron en círculo en el patio, mientras algunas hojas nuevas de los árboles se movían suavemente sobre ellos.

La maestra les preguntó:

—¿Qué es lo que más os ha gustado?

—Que todo el mundo podía jugar —dijo Nora.

—Que había muchas formas de resolver lo mismo —dijo Pau.

—Que los pequeños han aprendido signos —dijo Sara, orgullosa.

—Que la rampa formaba parte del recorrido y no una vuelta extra —dijo Lia.

—Que cuando una pista se ha mojado, lo hemos arreglado juntos —dijo Amina.

Biel levantó la mano muy recta.

—A mí me ha gustado que el juego no era “quien va más rápido”, sino “cómo lo hacemos”.

La maestra asintió.

—Lo que habéis hecho hoy es muy importante. Habéis pensado un juego divertido, sí. Pero también habéis pensado en las personas. Y cuando hacemos esto, las cosas salen mejor.

Lia miró la caja de colores, algo arrugada de tanto abrirla y cerrarla, y dijo:

—El próximo año podemos hacer otra… pero con pistas nuevas.

—¡Síííí! —gritaron todos.

—¡Una de noche con linternas! —dijo Jan.

—¡Una con olores! —dijo Mai.

—¡Una con mapas! —dijo Nora.

Pau se rió.

—Y una pista imposible… pero sólo una.

Empezaron a recoger, aún hablando de ideas, mientras el patio se iba vaciando poco a poco. Y ese día, sin hacer un gran discurso, todos aprendieron algo que les quedó bien adentro: que un juego es más bonito cuando cabe todo el mundo, y que pensar en los demás no quita diversión… la multiplica.

Y he aquí una caja, he aquí colores, este cuento se ha acabado… pero sus pistas todavía dieron juego muchos días más.